

RELATOS BREVES

Mi cuerpo en sepia



Paula Ithurbide

Mi cuerpo en sepia

Paula Ithurbide

Título: Mi cuerpo en sepia
2013 © Paula Ithurbide
www.paulaithurbide.com
paulaithurbide@gmail.com

Primera edición digital 2013
Segunda edición digital 2014
Tercera edición digital 2018
Digitalizado en México



Diseño de tapa: Paula Ithurbide
Mi cuerpo en sepia - Paula Ithurbide © Todos los Derechos Reservados - 2018
Permisos más allá del alcance de esta licencia escribir al correo: paulaithurbide@gmail.com

Índice

| | |
|------------------------------------|----|
| Mi cuerpo en sepia..... | 4 |
| El caso de la pizza engullida..... | 6 |
| Emborracharse es trabajo..... | 8 |
| Sábado por la mañana..... | 10 |
| 53-0603..... | 12 |
| Pequeños mundos..... | 14 |
| La lechuga orejona..... | 18 |
| Caminata..... | 20 |
| Carlos Fuentes..... | 22 |
| La otra familia..... | 24 |
| Oráculo..... | 26 |
| Fobia..... | 28 |
| La lluvia siempre..... | 29 |

Mi cuerpo en sepia

Me siento finita como un papel, casi sin espesor. Hoy el cuerpo manda y la mente acata a regañadientes; es que sin carrocería no vamos a ningún lado. Me descuidé, lo acepto y hoy pago las consecuencias. Sin embargo hace años que trato de sacar con baldes el agua que se mete a raudales en mi barco. Soy rehén de mi cuerpo. Él decide qué se hace y a qué se renuncia. ¡Podríamos funcionar tan bien si nos quisiéramos y respetáramos un poco más! Mi mente y mi cuerpo son un matrimonio a punto de divorciarse, a veces creo que nunca se amaron. Desde que recuerdo se repelen y uno pisa la cabeza del otro sin clemencia. ¡Vamos muchachos! ¡Podríamos estar en la cima si hubiéramos tirado todos para el mismo lado! Pero no, aquí me ven, encerrada, recordando cómo era vivir libremente sin que mareos, taquicardias, despersonalizaciones y náuseas me obliguen a reprogramar mis días, cancelar citas, huir del mundo y refugiarme en estas palabras.

Me siento finita como un papel, casi sin espesor. Y aunque el papel contenga una prosa aceptable de nada sirve si nadie la lee. El papel está ahí, envejeciendo con cada sol que sale y se va.

Me siento en deuda conmigo por no haber hecho tantas cosas, por no haber agarrado caminos a puño lleno y que cayeran como arena de mi mano tantísimas opciones de una vida mejor. Estar vivo ya es ganancia, dirán por allí.

A veces no alcanza con estar en el baile, el tema es bailar con la más bonita y ser protagonista.

Lo que duele es morir solo. El dolor físico es tangible y atacable. El enrosque mental se parece a las pesadillas de Freddie Krueger. Recién luché con todas mis fuerzas para evitar el desmayo, me senté en un rincón

con el teléfono en la mano, un frasco de alcohol para inhalar y esperar con calma esta muerte que me visita indecisa, me toma por unos segundos y me deja un ratito más en este mundo.

Hasta la muerte me aguanto si me toca (aunque patalee no queda otra) pero no quisiera tener conciencia de ello, sentirme vulnerable, arrinconada como trapo viejo sin control sobre mi cuerpo, sin control sobre mi mente. La cabeza que empieza a encogerse, a comprimirse dificultando la visión, como cuando se corta la señal de tv y aparecen millones de puntos grises zumbando como abejas enloquecidas... Una sensación horrible de conciencia y sin sentido, de umbral de la muerte.

Y en esos momentos límite de mi existencia lo único que quiero es un abrazo, una mano que me ayude, que me diga con su calor y su contacto que no estoy sola, una voz que me susurre que todo va a estar bien aunque sea en el otro mundo... una despedida tácita hecha de empatía.

¿Cómo lucho contra lo que desconozco? Debo caer y aprender de sus manifestaciones para juntar elementos que me permitan encontrar armas para defenderme. Soy un guerrero en territorio desconocido: un paisaje espectral con rincones oscuros llenos de contradicciones y trampas.

El caso de la pizza engullida

Una noche de octubre fui llamado a resolver un caso en las afueras de la ciudad. Llegué al domicilio, exhibí mi placa y entré quitándome el sombrero. El agente que respondió al llamado del 911 narró los sucesos mientras atravesamos un pasillo y llegamos a la escena del crimen: la sala. Allí había una mesa, cuatro sillas ordenadas al azar como consecuencia de lo sucedido y una caja de pizza con las migas de lo que horas antes fue una deliciosa "grande de mozzarella". La dueña de la casa exigía justicia ya que recuperar la pizza era imposible. Miré a mi alrededor y los sospechosos lucían su expresión más inocente. Respiré profundo y le pedí calma a la señora que no paraba de hablar mientras con señas de rutina indiqué a los agentes que nos dejaran a solas con los sospechosos.

Me quedé inmóvil y enfoqué mis ojos en los sujetos quienes bajaron su cabeza intimidados por mi mirada segura y penetrante. Me moví con gestos calculados, dejando pasar el tiempo y esperando que la tensión del momento les arrancara una confesión que no llegó.

Podía sentir la mirada de cada uno de los sospechosos siguiendo mis pasos por la habitación, acompañando los gestos de mis manos al encender mi puro, observando mi primera exhalación y el humo ascender deshaciéndose en la penumbra. El plan para identificar al culpable ya estaba en marcha.

Dejé pasar un buen rato de silencio y movimientos ensayados hasta que pedí a mi asistente que trajera los elementos para la estocada final. Mi media sonrisa y una ligera risa petrificaron las caras de los sospechosos y aumentaron su intriga y ansiedad. Dos agentes ingresaron a la habitación con dos platos cada uno de carne y croquetas en la mano. Les indiqué donde ubicarlos y no tuve que esperar mucho tiempo para resolver el enigma.

Tres de los cuatro sospechosos se lanzaron a devorar el manjar que se les ofrecía mientras "Cejas" miró su plato con cara de asco y bajó la cabeza escondiendo su mirada.

Apagué mi puro, tomé mi sombrero y fui al encuentro de la dueña de casa para informarle los resultados de la investigación. Me agradeció con gestos exagerados y un apretón de manos interminable. Los agentes se retiraron del lugar dejando tras de sí a los perros satisfechos lamiendo sus platos. Pude ver a "Cejas" buscando una planta de albahaca en el jardín para purgarse y devolver el botín en otro formato. Me puse el sombrero, me arrojé el abrigo, encendí otro puro y me perdí en la niebla de la madrugada.

Emborracharse es trabajo

"Emborracharse es trabajo". Siempre respondía con esa frase a mis cuestionamientos. Era inútil esgrimir una extensa lista de argumentos tratando de refutar aquella sentencia grabada a fuego, utilizada como escudo impenetrable y puerta cerrada para cualquier intento de diálogo. Ese bar tenía algo de sagrado para quienes lo frecuentaban y debo confesar que emanaba cierto misticismo que me atraía.

El aliento alcohólico con el que Julio regresaba a casa lo alejaba de todo ser vivo en un radio de dos metros. Era imposible compartir la cama y mantener un diálogo sin pelear. Me acostumbré a sus horarios de murciélago, al ruido del auto que parecía llegar en puntitas de pie y a los perros que sin importar la hora salían a recibirlo con alegría. Algunas noches no podía volver a dormir después de su llegada y pasaba largas horas boca arriba renegando del insomnio o rumiando las últimas palabras de la reciente discusión.

Emborracharse es trabajo en el mundo de los abogados. Todo se arregla o se deshace entre copas y conversaciones que empiezan sobrias y terminan en el absurdo. El que se niega a tomarse una copita con sus colegas corre el riesgo de ser excluido de la próxima juerga y del círculo de amigos. Y así, sin querer, los tragos y las noches comienzan a multiplicarse como los granos de arroz en un tablero de ajedrez. Hay quienes logran rescatarse del entorno etílico y no pierden el estilo. Otros tienen apartada su mesa y su botella y gozan de una atención privilegiada porque son los parroquianos fieles que siempre encuentran un motivo para brindar mientras la noche ostenta su devaluado glamour y pasan los vendedores de billetes de lotería, los clientes de ocasión y las parejitas que necesitan un lugar donde nadie sería capaz de buscarlos.

El tiempo se percibe distinto para quién espera en casa y para el que está muy a gusto en el "Barracuda". Muchas veces pensé que Julio me engañaba. Otras noches no tenía ganas de arruinarme el momento con suposiciones de cuernos y prefería ver tv y luego dormir.

Un día tuve la necesidad de resolver un asunto legal y recurrí, lógicamente, a Julio quien propuso distancia entre lo laboral y lo doméstico haciendo que un colega llevara mi caso. Acordamos un horario para la cita que tendría lugar en el "Barracuda".

Aquel lugar era un universo paralelo, poblado por personajes interesantes para observar. El humo de los cigarros en bocas, manos y ceniceros invadía cada rincón del bar y de mis pulmones. El mobiliario lo situaba como cafetín retro y el murmullo de los presentes daba la seguridad de que cada conversación no se escapaba de la mesa que la creaba. Enseguida localizamos al abogado que nos esperaba 'copa en mano' y lo trivial ahogó a lo jurídico. Hablamos de mi caso lo justo y necesario entre bromas y anécdotas de las que no me sentía parte. Y en esos momentos de exclusión pude abstraerme y observar que la mirada de Julio tenía un brillo extraño. Comía, bebía, se lo veía feliz de estar allí con su colega dentro de una conversación que lo tenía entusiasmado. Me sentí ajena y a la vez comprendí que cada quien tiene derecho a ser feliz y pasar el rato como mejor le haga a su alma.

Emborracharse es trabajo. Y para Julio es vestir un placer con el traje de la responsabilidad para no tener que dar explicaciones y dejarse ir junto a quienes son por un rato la compañía ideal.

Sábado por la mañana

¿Qué me pongo? ¿Hace frío o calor?... mmm... el clima está loco.... Voy de jeans. O mejor de pants y me llevo esta chamarrita por si refresca... nunca se sabe... sí... ahorita les doy de comer antes de salir porque si se nos complica el día se van morir de hambre en la espera... qué bueno que ustedes son perros y comen croquetas así que rapidito bajo y les doy... a ver... vengan...siganme... aha... abro el bote, pongo croquetas en un plato... en otro... y en otro... aquí tienes tú... y tú... y tú... bien! Mientras comen les abro la puerta del patio para que hagan pis cuando terminen su comida... ¡juy! ¡Veo popó! Voy a juntarla. Bolsas... una po... otra po... otra po... y... ¡otra más! Listo, porque después se asoma "el señor" y pone el grito en el cielo avisando que hay mierda en el patio frunciendo la cara a punto del desmayo por los desechos de las mascotas. Hay mejores motivos, cariño, para poner esa cara de asco pero ese es otro tema y ya me iba sin ponerme desodorante así que subo corriendo al cuarto a terminar de arreglarme mientras el silencio se quiebra por un pedido desde el baño: "Amor... ¿me alcanzas papel? Y después... ¿puedes encender el boiler así me ducho rápido antes de salir? ¡Gracias!". "Sí... ahorita voy" digo aflautando la voz mientras bajo las escaleras rumbo al patio a encender el boiler, paso por la cocina, tomo el encendedor, salgo y veo... ¡más mierda! Enciendo el boiler, miro de reojo la popó que espera ser juntada y la asociación es inevitable: Julio aún espera que le lleve el papel. Verifico que el boiler arda como el mismísimo infierno y enfilo a toda velocidad escaleras arriba, llego con el último aliento y me estiro hasta tomar un banco para subirme al closet a buscar el pack de doce rollos de papel higiénico y darle uno a Julio y distribuir un rollo más en cada baño, por las dudas, ya que me subí que valga la pena. "Aquí tienes..."- digo introduciendo el brazo en el baño. Liberada. Voy a hacer la lista de lugares y cosas que hay que hacer en el centro hoy, sábado por la mañana que Julio no trabaja en la oficina. Yo trabajo en casa. Muchos dirían que soy

afortunada (¿Lo soy?). Escribo, dibujo, diseño y para la mayoría de la gente eso es rascarse el ombligo hasta el sangrado. Seguramente piensan que no hago nada porque me ven salir al mercado, me ven salir con mis perros y la asociación rápida es que Julio trabaja y yo no. Error. Gran error. Yo trabajo igual o más que Julio y gano mi dinero. Él no me mantiene pero como yo tengo la suerte (¿Suerte?) de poder trabajar en casa, pago con el sudor de mi frente ese supuesto beneficio. Debo alternar cuestiones domésticas y laborales y desenfocar y enfocar la mente con más rapidez que un tic nervioso. Muchas veces pienso que sería mejor tener una oficina y una secretaria y café calentito esperando en las mañanas, escuchar a mi asistente leerme la agenda del día mientras digo con aire solemne “que nadie me moleste” ... Ay... (suspiro) Qué lindo sería tener la mente libre para crear sin correr el riesgo de dejar escapar una idea brillante por atender al cartero. “¿Puedes apagar el bolier?” ...hablando de Roma... “Sí... ya voy...” y de nuevo corro escaleras abajo... ya ven... después me preguntan cómo hago para mantenerme en forma: la vida diaria cariño, el trajín de la casa, ¿qué creías, que me pasaba horas en el gimnasio? Todavía no termino de vestirme y Julio pregunta “¿estás lista?”... Le respondo: “Aún no...”... “bueno no tardes... voy sacando el carro y te espero afuera”. Me invade una furia volcánica y tengo ganas de gritarle la palabra atorada a media garganta: “¿What?” ¿Qué le pasa a ese hombre? ¿Cómo que me espera en el carro y que no tarde? Hace media hora que recorro esta casa como hámster en su rueda haciendo todo lo más rápido que puedo para salir a horario y el señor se levanta, se ducha, se viste y me espera en el carro... claro... que la toalla mojada se vaya a colgar sola a la soga, que las puertas se cierren con llave solas, que las mascotas se verifiquen a sí mismas que están adentro y que no haya quedado ningún cable ni nada que puedan comerse los perros.... “beep beeeeeeeep” Julio se impacienta con el carro en marcha... y aun me falta hacer pis. ¿En qué momento dejé de ser una persona para convertirme en un aparato multifuncional sin ninguna remuneración ni reconocimiento?

53-0603

Las infancias felices son en cierta forma nocivas: entramos a la realidad con una versión endulzada de la vida y ahí viene el primer gran golpe o desilusión. Cuando me acuerdo de aquella época y me miro desde lejos me doy cuenta que percibía un entorno irreal. Hoy deseo en vano sentarme a conversar con aquellas personas que me rodeaban (mi familia). Hoy conozco situaciones que en esos momentos ni imaginaba. Ellos me protegieron sin querer y me duele no poder revivir a los muertos para decirles: “yo también soy parte de ustedes, ésta soy yo”.

Lo primero que me impresionó al volver a mi vereda de la infancia fue su tamaño. En realidad quien había mutado era yo. No hay que regresar a los escenarios de los primeros años de vida. Todo se siente distinto, expropiado, ajeno.

En la esquina de mi casa había un almacén de principios de siglo. Un matrimonio de españoles vendía cosas de almacén aunque la gran persiana de lo que una vez fuera el local estaba siempre cerrada. El lugar estaba lleno de botellas y gatos. El olor era muy potente. Esa esquina fue refugio para nuestros secretos de chicos, fue punto de encuentro para filosofías al paso en tardes de domingo, fue donde todos los vecinos se ponían de acuerdo para tirar la basura.

Cuando volví después de muchos años, Celia había muerto y Don Víctor vendió el terreno al mejor postor para que construyeran un edificio. Me sobraba hormigón cuando me reencontré con aquella esquina. Por más que pasen los años y aunque haya visto esa mole de departamentos pisoteando mi recuerdo, la imagen en mi cabeza es: mi casa y al lado, la esquina con el almacén.

Antes no se hablaba mucho como ahora. Se sufría en silencio. Los matrimonios se hundían pero nadie se enteraba. Se aguantaba. La suerte estaba echada. Para mí, todo estaba bien porque yo veía a mi mamá como mamá y a mi papá como papá. Mucho tiempo después empecé a preguntarme como funcionarían ellos como hombre y mujer. Nadie quiere imaginarse a sus padres en un 69 o a su mamá agarrada a los barrotes de la cama.

El aparato de teléfono de mi casa era gris. Estaba en una mesita de madera y tenía debajo las guías con todos los números de la ciudad... ¿Cuántas hojas ocuparía una guía hoy en día? ¿Dónde meter los 60 millones de números de celular?

Mi barrio fue mío. Cuando me fui comenzamos a morir los dos... Las casas fueron reemplazadas por edificios, los almacenes por supermercados chinos y la gente envejeció, se mudó, se murió... ya no queda nadie en esas veredas rotas.

En aquella época no había tantos números en nuestras vidas, apenas los que identificaban nuestra casa en la cuadra y el teléfono. No había claves, era una vida sin candados, sin tantos caminos simultáneos y en tiempo real. No mejor, no peor... Distinta. La soledad de las dos de la tarde, las calles vacías iluminadas a pleno por el sol caliente del verano porteño. La gente, el barrio... mi mundo. A dos cuadras la escuela, a diez la estación del ferrocarril, a seis el club, a siete mis amigos... todo lo necesario estaba a mi alcance. Después se terminó la escuela primaria y mi mundo se ensanchó, la escuela quedaba más lejos, los amigos eran de todas partes de la capital, los estudios más exigentes y la felicidad se fue diluyendo y transformando en horror adolescente. No pertenecer, no encontrarse dentro de uno mismo puede ser el comienzo de una evasión infinita. El cambio de ciudad, la gente querida reemplazada por desconocidos, un mar que no pudo hacerse querer más que mi barrio de la infancia. La escasez real maquillada hábilmente por mi mamá para que no nos faltara nada. Mis ganas de desandar camino y volver y volver... y no poder.

Pequeños mundos

LA BIBLIOTECA

Lo primero que uno piensa en errónea asociación es que los bibliotecarios son gente dichosa porque están rodeados de libros que pueden leer en horario de trabajo. Cualquiera que haya utilizado los servicios de una biblioteca pública notará, excepciones aparte, que los empleados viven en otra dimensión donde el tiempo transcurre más lentamente que para el resto de la gente. El contraste es mucho mayor para quienes vivimos a velocidad “internet” donde un segundo de espera significa una respuesta tardía.

No importa en qué país esté ubicada la biblioteca, el ambiente silencioso genera las mismas reuniones “sotto voce” en cualquier rinconcito para echar el chisme. Es curioso ver en la pared los letreros pidiendo silencio y en la sala los usuarios concentrados en su lectura a pesar del bisbiseo constante del grupo de empleados cotorreando como si estuvieran en una peluquería. Ni hablar de las bibliotecas que se han convertido en un centro de actividades para niños de kinder o las que cuentan con un acervo del año de la inquisición. La mayoría de las bibliotecas públicas es tierra de nadie.

OFICINAS DE GOBIERNO

Hoy llegué a una oficina de gobierno y muy amablemente me pidieron que esperara mi turno sentada en una silla. Observaba a la empleada mover papeles, copiar datos, abrir cajones, buscar carpetas a una velocidad de tortuga perezosa. La empleada sabía que yo la estaba esperando pero no aceleró sus acciones muy dueña de su tiempo y del mío. Enseguida comprendí que en este caso no era mala voluntad de la

empleada sino distintas formas de concebir la palabra “trabajo”. Para un empleado de gobierno el horario de trabajo es cárcel, es tiempo que pasa lento y que no vale al menudeo pues haga lo que se haga el cheque viene a fin de mes. Para quienes trabajamos en forma independiente y somos nuestro propio jefe cada minuto es o no es dinero, cada minuto puede ser ganancia o pérdida por eso corremos de un lado a otro, nos organizamos mejor, no queremos perder veinte minutos saludando al compañero de oficina porque queremos comenzar a generar dinero. Esta simple diferencia aparentemente económica se convierte en estilo de vida.

LA EMPRESA

El primer día en un nuevo trabajo nos recuerda al primer día de clases. Enfrentar al grupo de desconocidos que ya posee códigos propios y amistades establecidas es una prueba difícil. Tratamos de agradar, de ser discretos y de tolerar por demás para ganarnos el respeto de los nuevos compañeros. Las coincidencias y desaveniencias se van manifestando ubicándonos de un lado u otro de la calle. Las horas de descanso y espacios compartidos pueden ser un merecido relax o un infierno de intrigas. Nunca falta la víbora que nos observa desde su cubículo enroscada en su silla haciéndonos notar que no le simpatizamos. Las guacamayas siempre encontrarán un minutito para acercarse y hacer plática y tantear nuestra postura para saber si se puede confiar en nosotros. Los jefes pueden ser aliados o enemigos y no hay más responsable de esto que el azar. Y así transcurren las primeras semanas en nuestro nuevo empleo, más preocupados por el entorno social que por las tareas laborales. En todas las oficinas hay un envidioso, un inteligente, un mal hablado, un payaso, una ligera de cascos, una “Susanita” y lo mejor será aprender a sobrevivir en esa selva urbana con esa fauna que nos tocó.

EL FRACCIONAMIENTO

En algunos aspectos la sociedad sigue arrastrando sus prejuicios más necios hasta nuestros días y vivir en fraccionamientos de menos de cien

casas es un ejercicio de observación interesante, particularmente durante las juntas de colonos para debatir temas en común.

Se constituye la Junta Directiva o Comité con cinco o seis personas. Al mismo tiempo se constituye el bando de los opositores, los “dedo en alto” que todo objetan y todo critican con el único afán de lanzar palabras al aire. Nunca es una crítica constructiva seguida de propuestas o posibles soluciones. Siempre es el dedo acusador que olvida que la Junta Directiva trabaja Ad Honorem.

Los pleitos entre vecinos son de lo más variado. Ruidos a altas horas de la noche, cocheras invadidas por vehículos ajenos, áreas de estacionamiento de visitas usadas por los colonos, niños que rompen plantas, perros que defecan y dueños que no juntan sus heces, exceso de velocidad, mora en los pagos de mantenimiento, vecinos que insultan al vigilante porque al ser morosos no tienen derecho a que se les abra el portón, etc.

Se parte de la premisa que jamás estarán de acuerdo cien personas por lo que se busca la mayor participación de los vecinos y se espera cierta tolerancia para escuchar y respetar distintos puntos de vista. Muchas de las casas están en renta y a los dueños no les interesa participar en las juntas. Otros vecinos jamás asisten y acatan lo que se decida. Lo cierto es que con suerte solo asiste a las juntas convocadas el 15% de los colonos.

La primera Junta Directiva se diluyó a los pocos meses por rumores sobre malversación de fondos hiriendo susceptibilidades y generando distancias que aún persisten. Los nuevos administradores tomaron las riendas y todo transcurrió en forma gris, sin sobresaltos pero tampoco sin logros. La tercera administración fue una amable imposición de los vecinos hacia una persona que en juntas anteriores había mostrado mucho carácter y no había tenido pelos en la lengua para enfrentar a quien sea. Pensaron que pondría en vereda a los morosos y que el orden se instauraría automáticamente pero no hay soluciones mágicas porque somos seres humanos en convivencia y esto es sinónimo de problemas.

Cierto día llegó un camión de mudanzas con nuevas inquilinas. A la mañana siguiente un vehículo las trajo a su nueva casa con el logo del centro nocturno para caballeros donde trabajaban. No faltó la vecina que espío detrás de su cortina y corrió a comentarlo. Enseguida empezaron los correos y las llamadas al nuevo administrador reclamando que “éste es un fraccionamiento de familia”, “qué como se puede permitir”, etc.

Estas mujeres efectivamente trabajaban como bailarinas en un club nocturno y algunas veces venían con clientes a domicilio. Una de las vecinas quejosas esgrimió indignada el argumento de que se escuchaban gemidos en la casa de estas mujeres a lo que el administrador respondió que él no podía hacer nada puesto que esos ruidos se generaban dentro de la propiedad de las mujeres y que en definitiva “no serían muy distintos a los que usted, doña Chole, hace con su marido... ¿verdad?” Doña Chole se puso roja, apretó los labios, dio media vuelta y se fue a su casa masticando rabia.

Entre bambalinas se decía que eran muchos los vecinos que no aceptaban la presencia de estas mujeres y el fraccionamiento se volvía tenso como si viviéramos una cacería de brujas. El malestar llegó a tal grado que el administrador tuvo que hablar con las mujeres para ponerlas al tanto de la situación a lo que respondieron que desde el primer momento los colonos hicieron sentir el desprecio.

Mientras ellas no causen molestias a los vecinos no se les puede juzgar por su trabajo. Hay muchas “familias” que no respetan las reglas de convivencia, niños que gritan, bebés que lloran, perros que ladran porque están todo el día solos, pero eso es “normal” para la gente prejuiciosa o envidiosa. Una de las mujeres dice que vio a “Pico de loro”, un hombre mayor al que apodaron así por su parecido con la herramienta de trabajo, espíandola más de treinta minutos por la ventana para luego acusarla de exhibicionista. Y ya al terminar la plática, después de despedirse del administrador y agradecer por su amabilidad para conversar sobre el tema, una de las mujeres dijo... “al final de cuentas tanto critican nuestra vida y nos desprecian y sus maridos son nuestros clientes...”

La lechuga orejona

Estaba apurada esa mañana y caminaba rápido zigzagueando en los pasillos del supermercado concentrada en conseguir todo lo anotado en mi lista. Varias veces me detuve súbitamente para tratar de descifrar mi propia letra escrita velozmente antes de salir. Así llegué al área de verduras y escuché que alguien me saludaba con alegría. Giré mi cabeza y regresé mentalmente al mundo real para encontrar la cara de Don Tomás, un vecino de mi calle que sonreía con su boca y con sus ojos.

-¡Buenos días Don Tomás! Qué coincidencia verlo por aquí...

-Sí, cómo ve, me gusta venir a esta hora a hacer mis compras, no hay mucha gente y se puede caminar con calma.

-Aha, sí, tiene razón, sin embargo yo hoy ando con prisa porque tengo una cita de trabajo bien temprano y prefiero comprar ahora y no llegando de trabajar...

-Hace muy bien pero no corra tanto... vaya disfrutando del camino que igual todos vamos a parar al mismo hoyo.

-Así es... - sonreí

Giré y caminé cinco pasos para buscar una bolsa y regresé por zanahorias otra vez junto al hombre mayor.

-¿Por qué tan concentrado con esas lechugas, Don Tomás?

-Ahh... es que siempre tuve algo con las lechugas... una especie de enemistad silenciosa... nos saludamos pero no nos hablamos... siempre que paso y las veo pienso que debo comer sus hojas verdes por tantas razones nutritivas pero nunca he sido capaz de detenerme, elegir una y comprar. Esto solo me sucede con las lechugas. Con las demás verduras no me importa más que mis ganas de comerlas, las busco, las examino y las llevo a mi cocina sin mayor problema.

-¿Ah sí? Pregunté sorprendida por la inesperada historia.

-Si, fíjese, y así pasaron muchos años hasta que un día pasé por aquí y leí: "Lechuga orejona \$4,90". Y me detuve a reflexionar sobre mi negación a comprar lechuga, y oiga bien, a comprar no a comer. La negación es al acto de comprar, allí me da la flojera y sigo de largo. Así que me di una oportunidad y comencé a elegir entre las orejonas y moradas y romanas la que conjugara con mi ánimo. Horas después estaba en mi casa saboreando la ensalada y nuevamente reflexioné acerca de mi negación. Y me dije: a veces las oportunidades en la vida son como esas lechugas orejonas, uno pasa todos los días frente a ellas pero por flojera, por costumbre o por comodidad las ignora aun sabiendo que tomarlas sería algo bueno; pero ahí va uno erguido y soberbio mirándola de reojo al pasar, dejándola atrás. Y de quién es la culpa entonces de haber dejado atrás una lechuga-oportunidad? ¡De uno, no más!

-Tiene razón Don Tomás....- asentí entre risas.

-Me alegra hacerla reír, venía usted muy seria.

-Sí, gracias... las prisas... el trabajo... las obligaciones....- dije mientras elegía un manojito de rabanitos.

-Pues sí... a su edad y en estos días se vive así, ni modo... ¿verdad?

-Así es... si uno se detiene lo pasan por arriba..- comenté enfilando hacia las cajas.

-Si pues, me dio gusto saludarla, que tenga un bonito día.- dijo sonriendo y estrechándome la mano.

-Igualmente Don Tomás, saludos a su familia.- respondí.

Me alejé de mi vecino y las lechugas sonriendo al recordar el diálogo. Reflexioné cuáles serían las lechugas de mi vida, qué oportunidad estaré ignorando por andar tan absorbida por el vértigo cotidiano.

Caminata

¡No puedo entender por qué caminás tan despacio!-grité.

Ella me miró sorprendida y yo sustenté mi queja con razones válidas, irrefutables al menos para mi punto de vista.

-¡Es que hasta un caracol se sentiría Speedy Gonzalez al lado tuyo!- dije intentando ponerle humor a la queja.

-Así es mi paso, yo no voy apurada por la vida.- alegó.

-Sí pero tu velocidad es francamente desesperante... no pido que modifiques tu andar, sólo acelerá un poco y yo le bajo un cambio y en un paso intermedio podemos caminar juntas.

-Es que yo camino así....- insistió con su argumento.

-¿Qué dirías si yo te obligara a caminar siguiendo mi paso rápido? Ponete en mi lugar para comprender que si vos tuvieras que cambiar tu paso también sentirías molestia.-expliqué.

Ella no contestó. Siguió caminando con la mirada perdida en un horizonte inalcanzable.

-Cuántas veces te pedí por favor que apuraras el paso, un poquito nada más, pero mis pedidos amables son ignorados. Es normal que después de tardar treinta minutos para caminar siete cuadras yo quiera ser Pavel Vasilich al final del cuento de Chejov y quiera imitarlo. O necesite gritar o caer de rodillas implorando a Eolo que te empuje y te haga avanzar.-dije riéndome para no llorar.

-Ya no quiero hablar del tema.- sentenció muy seria.

-Ah claro... porque vos te acomodás en tu "yo camino así" y no te sentís obligada a cambiar como yo lo hago cada vez que salimos juntas.

-Es que yo no me fijo en eso, es una minucia.

- Es un detalle de nuestra cotidianeidad que tenemos que hablar.
- No estoy acostumbrada a que me digan esas cosas.-dijo ofendida.
- Pero es necesario decirlas, así debe ser para poder llegar a un acuerdo.

Seguimos caminando a su paso, en silencio, separadas por una distancia de certezas propias, estancadas en un barro de acusaciones y defensas, sin vislumbrar la solución o el acuerdo.

Carlos Fuentes

La muerte nos conmociona siempre aunque es la única certeza que se nos entrega al nacer. Este mediodía murió el escritor mexicano Carlos Fuentes a los 83 años de edad y de inmediato pasaron por mi mente muchas imágenes de mi vida en compañía de sus libros. Y fue inevitable la reflexión. Descubrí que Fuentes estuvo involucrado en mi vida mucho más de lo que yo creía. Y lloré.

Recibí como regalo de cumpleaños el libro “Los años con Laura Díaz” y lo devoré. Llevaba dos años deseando volver a México y esa novela fue la conexión que yo necesitaba para estar en contacto con mi tierra, con mi país, con el lugar donde debí nacer y al que me costó treinta y dos años volver.

Mi realidad estaba estancada en una Argentina que me cerraba puertas y Carlos Fuentes me contaba historias y me decía “algún día estarás en México...” y yo gozaba con sus paisajes mexicanos... aprendía su historia, amaba los nombres de las ciudades... Me conmovió la historia de Cósima Kelsen y el Guapo de Papantla, la niñez de Laura Díaz en Catemaco lugar que pude conocer ocho años después en un viaje por el estado de Veracruz. En ese bello estado también visité la prisión de San Juan de Ulúa, sitio del que ya me había hablado Carlos Fuentes en “La silla del águila”.

Conocí más sobre la Revolución Mexicana con “La muerte de Artemio Cruz” y disfruté su forma de narrar la historia en 1era, 2da y 3era persona. Me desilusioné con “Cambio de Piel” porque tal vez no llegó a mí en el momento adecuado. Y volví a disfrutar con “Gringo viejo” que se dice cuenta la historia del escritor norteamericano Ambrose Bierce, aquel que me hizo reír (y reflexionar) tanto con su ácido libro “El diccionario del diablo”. “Gringo viejo” fue llevada al cine por el director argentino Luis

Puenzo después de ganar el Oscar en 1985 por “La historia oficial”. La versión fílmica de la novela de Fuentes contó con la actuación de Jane Fonda y Gregory Peck. “La región más transparente” la leí en un librito viejo que saqué de la biblioteca cuando vivía en un departamento en la ciudad de Mar del Plata, ciudad en la que Carlos Fuentes veraneó durante su niñez cuando su padre cumplía funciones diplomáticas en Latinoamérica. Siempre encontré un lazo con Carlos Fuentes, una coincidencia por más mínima que pudiera parecer, por ejemplo, nació en 1928 el mismo año en que nació mi abuela con quien pasé momentos inolvidables. Aquel pequeño departamento tenía una pequeña cocina, muy pequeña, y se alumbraba con una luz amarillenta malísima para la lectura. Por las noches allí me encerraba a leer sin molestar a mi papá que dormía en la sala. Todas las noches yo me despegaba de mi vida y viajaba a mi México a través de Carlos Fuentes.

También llegó a mis manos un libro de fotografías que editó su hijo Carlos Fuentes Lemus quien murió muy joven al igual que su hermana dejando al escritor y su esposa un vacío insalvable.

Y siempre estuvo presente. Recientemente vi un documental donde Carlos Fuentes narraba la Batalla de Puebla con motivo del 150° Aniversario de la victoria del ejército mexicano sobre el ejército francés. También escuché su opinión sobre los candidatos a la presidencia de México y ayer nomás estaba recibiendo en España otro reconocimiento. Siempre tan activo y vigente. Por eso la noticia de su muerte nos sorprendió a todos y ante esta realidad implacable y estos recuerdos desordenados solo me queda pedir prestadas las palabras de Xavier Velasco: “Hoy me descubro un novelista huérfano. Buen viaje, Carlos querido.”

La otra familia

Julio consiguió un buen empleo que lo mantiene en su oficina de nueve a veinte horas de lunes a viernes. Tiene un alto puesto con gente a cargo y muchas responsabilidades y urgencias que pueden arrancarlo de la casa en cualquier momento del año. A Julio le apasiona su trabajo y el dinero fluye tranquilamente en el circuito de gastos de nuestra familia. Teniendo la panza llena y las necesidades cubiertas podemos darnos el lujo de reírnos de nosotros mismos.

He notado como paulatinamente Julio y yo vamos perdiendo “horas de vuelo juntos”. Él se va muy temprano en la mañana, yo despierto minutos después. Él desayuna, almuerza, merienda y cena fuera de casa, yo en mi estudio. El trabajo lo obliga a convivir con sus compañeros durante diez horas al día y los temas laborales se vuelven prioridad, por eso cuando alguna noche de excepción Julio llega a cenar a casa y le cuento “sabes, hoy leí que...”, noto sus ojos vacíos porque dentro de su cabeza se está proyectando la película de la audiencia de mañana y tengo la misma sensación que cuando cruzo mi mirada con la de un maniquí en una tienda departamental.

En lo estrictamente laboral es justificable y comprensible que sus obligaciones capten su atención pero esa “nueva familia” de extraños cada vez más cercanos va ganando terreno y robando los quince o veinte minutos por día en los que Julio pisa esta casa. Muchas noches llega tardísimo y estoy durmiendo, abre la puerta del cuarto despertándome, me saluda, dice cinco palabras sobre su día y recibe o envía mensajitos de texto con su celular a Ernesto “el alce” o a María Mercedes. ¿Qué no puede dar por terminada la jornada laboral de una vez?

Es la realidad de muchas personas. Ganarse el pan y sostener a una familia implica dejar de formar parte de esa familia. Es inevitable. Si convives con dos o tres compañeros en diez metros cuadrados terminas conociendo sus vidas hasta el más mínimo detalle. Sabes que Ernesto quiere a su esposa a pesar del hecho que le regaló su apodo; sabes cómo sufre Ricardo con ese dolor de cintura; conoces de memoria a la tía Esthercita porque Rosalía no para de hablar de ella; te sientes atraído por los ojos delineados de María Mercedes y la forma en que pronuncia tu nombre y no basta con esa convivencia obligada sino que enseguida se arma el plan para seguir el relajo en libertad en algún bar aunque sea día de semana. Parecen caramelos en un frasco al sol, pegoteados, inseparables. Y luego de todo el día, después de las cuatro horas en el bar, ya de madrugada y antes de dormir aún se mandan mensajitos haciendo alusión a algún hecho del día.

Sin darme cuenta yo también voy conociendo ese mundo nuevo porque durante los fines de semana Julio no deja de hablar de sus compañeros, de sus anécdotas, de los chistes que a veces son de humor universal y muchas otras son códigos que sólo ellos entienden. Conozco todos los apodos y alguna vez los he verificado con mis propios ojos como cuando nos encontramos en la calle con Daniel a quien llaman “el hurón”. Mientras Julio me lo presentaba y yo estrechaba su mano no podía dejar de pensar “sí te pareces, amigo”.

La otra familia nos devora, nos quita protagonismo, nos resta esplendor... porque aquí vivimos con la sincera brutalidad del tiempo que pasa y nos deja huellas en la cara, porque lo que ves es lo que hay y no se necesita fingir una imagen ni un modo de ser.

La nueva familia se alista para salir a escena a desempeñar su rol con profesionalismo y glamour pero nadie nos cuenta la verdadera fachada de María Mercedes cuando antes de dormir sus ojos ya no tienen el delineado perfecto. Quedan en el tintero mil cotidianidades que no encuentran lugar en los breves instantes que compartimos. Estamos amarrados al muelle pero la corriente nos lleva mar adentro en veleros separados, las olas nos alejan en su lento pero implacable vaivén.

Oráculo

No es necesario ser el oráculo de Delfos para predecir con alto porcentaje de certeza nuestro futuro inmediato. Es posible que mis hilos conductores me lleven por el camino de la obsesión pero mucha gente que confía en mi puntualidad y en mi responsabilidad laboral en plazos de entrega agradece que así sea. Y como las citas y convivencias involucran a dos o más personas se hace imprescindible para el individuo puntual e impoluto tomar un curso rápido para comprender cómo funciona el cerebro de nuestros opuestos.

Lo principal es recibir la información y asociarla a quien la emite. Si yo dijera “nos vemos a las tres en tal y tal calle” tengan la seguridad de que estaré allí por lo menos diez minutos antes, si no más. Debo reconocer que he llegado hasta treinta minutos antes a un compromiso pero en ese caso quien se perjudica soy yo haciendo tiempo en la esquina y no le falto el respeto a mi contraparte. Por el contrario, si Julio me dice “no tardo...” o “cuando regrese del almuerzo por el cumpleaños de Jorge voy a encerar el carro” es ahí donde pongo en práctica lo aprendido:

- 1) Quien habla es Julio: tendencia a distorsionar los lapsos de tiempo.
- 2) Pienso: el almuerzo es a partir de las dos pero todo el mundo llega a las tres, entre saludos, bienvenidas y acomódense aquí – gracias – de nada – rezagados y demás, la comida propiamente dicha comienza a las cuatro. Le sumamos una hora para llenar las panzas de los comensales y un ratito más que necesitarán algunas para enviar al cerebro el mensaje: “cierra tu boca, ya no cabe más nada aquí”. Luego la sobremesa que puede tener una duración indefinida; eso es lo riesgoso de convocar a festejos desde las primeras horas de la tarde porque pueden desembocar en una última y desesperada solución para que los invitados decidan marcharse, me

refiero al famoso “simulacro de incendio” donde al grito de “se nos quema la casa” logramos por fin recuperar el control de nuestro hogar.

Uniendo y evaluando los puntos uno y dos concluimos que Julio no encerrará su carro porque a) su regreso será alrededor de las once y no a las seis como dijo tan convencido antes de salir; y b) porque su estómago traerá todo tipo de alimentos y bebidas en pleno proceso digestivo y su panza habrá aumentado su volumen ocasionándole pesadez y sensación de saciedad cercanas a la náusea y lo único que querrá es tirarse en el sillón a ver tv o subir a su cuarto para tumbarse en la cama entre sollozos y visitas al baño.

Procesos de análisis de la información como el enumerado más arriba funcionan como conversores de corriente eléctrica, Julio envía su mensaje (220 volts), el sistema decodifica sus palabras y las recibo glaceadas de lógica y realidad (110 volts) listas para ser usadas como más me convenga, en el caso de hoy, supe que no contaría con Julio por el resto del día y organicé mis propias actividades sin agobiarlo con una ansiosa espera y aprovechando al máximo mi tiempo y mi individualidad... y ¿qué creen? a las ocho recibí un mensaje de texto de Julio que decía: “sigo en casa de Jorge, voy a tardar un rato más, no te preocupes”.

Fobia

Ya cállate, dejame sola... quiero pensar y a la vez necesito no pensar más, no pensar tanto todo el tiempo sin pausa hasta en sueños sintiendo como dejo mi cuerpo como veo formas y cosas y presencias aterradoras, como me veo desde afuera, como debo cumplir consignas para conservar mi vida... y en la mañana todo es un vago recuerdo que se me escapa escurridizo.

Ya cállate ya vete dejame sola con mis rutinas.

Déjame rumiar esta sensación de incomprensión de inseguridad de no saber como luchar pero sin embargo lucho contra vos todo el tiempo. Lucho, te ignoro, te agunto, te dejo ser pero siempre al final muero un poco bajo tu peso.

Ya cállate. Ve a habitar a otra que tenga la vida en blanco y tenga fuerzas nuevas para dejarse convencer o matar. Esta historia, nuestra historia está viciada de costumbres... soy tu casa soy tu títere cuando me dejo. Lárgate. Ya me cansé de escuchar todo el tiempo tu miserable mensaje de debilidad, tu tortura sutil de cada minuto en mí. Te escondes en la ausencia de definiciones, te haces pasar por otras más devaluadas, más juzgadas o más ignoradas. Nadie sabe el poder que tienes sobre mí y cuánto lucho para tenerte a distancia. Estoy cansada de esto, de vos, de mí.

Sólo dejame sola... llevate tus juegos pegajosos y deja mi mente vacía para poder empezar de nuevo. No te pedí.... no te quiero... ya cállate.

La lluvia siempre

Verano

Habíamos quedado en que te ibas por quince días. Yo trataba de pensar en otras cosas, dedicarme al trabajo, escapar de la realidad con un libro o dormir para buscarte en sueños. El sol de marzo hacía sus maletas pues se iba de vacaciones con vos. Organicé mis horarios y pegué tus fotos en la pared. Las nubes invadían y se instalaban en el cielo como una etnia de ovnis en migración.

Después del último beso volví a casa despacio y al llegar me acosté mirando el techo y tus fotos. Tenía que escapar de tu ausencia y me obligué a trabajar. Puse música y llegó un mensaje tuyo: “cambio de planes, ya no me voy, vení a buscarme...” No tardé ni dos minutos en salir corriendo al lugar en que te había dejado. Salí con una sonrisa idiota adornando mi cara. Esquivé autos y peatones y apuré el ritmo de los semáforos con mirada amenazante. Corrí, feliz. Y desde lejos te vi esperándome con el bolso en el piso y tu mirada en mi sonrisa que guiaba mis pasos hasta vos. Nos abrazamos. Nos besamos. Hacía frío y el cielo pasó de un gris dudoso a un negro tempestad.

-Vamos rápido a mi casa...- dije.

Llegamos cuando las primeras gotas empezaban a caer, gordas, frías, como presagio del aguacero inminente. Y entonces, la tormenta indomable, desató su furia sobre la ciudad. Dentro de mi cuarto, vos y yo.

Invierno

Llegué a casa y al leer tu nota recordé que hoy no vendrías. Caminé lentamente con un entusiasmo cansado y sin destinatario. Me desvestí como queriendo apurar el fin del día y fui a la cocina a buscar algo para cenar. No tengo hambre porque sé con quién y dónde estás. No puedo apartar de mi mente que estás con ella. Todo el día luché con el recuerdo de tus palabras avisándome que “en buen plan” tu “ex” te invitó a cenar. Es que la felicidad ajena es como una laguna perfecta y apacible: siempre alguien quiere arrojar piedras y hacer sapito para destruir la calma. Hoy el día lo vivo en singular sin besos ni taxis a última hora. Hoy confío porque no queda otra opción para mí. Pensé que escribiendo se me pasaría esta sensación de naufragio y la noche terminaría más rápido pero la soledad ataca con suposiciones y susurra malos consejos. Busco distraer mi atención mirando tv, lo que sea que me haga no pensar. El frío de enero acentúa tu ausencia, la noche propone lluvia y yo te extraño. Y entonces, la tormenta indomable, desató su furia sobre la ciudad, empapando todo, edificios y almas.